

El espíritu de la época

El fulgor de una época puede darse en el presente o en la perspectiva del pasado. En este último caso, algunas brillan más en la memoria y en el relato que en la conciencia de quienes las vivieron.



RECUERDO CON MUCHO CARÍÑO EL TESTIMONIO DE ALGUNOS LECTORES FRANCESES QUE, DE MODO VOLUNTARIO, OPINARON QUE EN ESE CENTENAR DE PÁGINAS HABÍA CONSEGUIDO YO REPRODUCIR ‘MARAVILLOSAMENTE’ EL ESPÍRITU DE TODA LA ÉPOCA. EXAGERACIÓN, NO AMABILIDAD, SIN DUDA; PERO, AUN ASÍ, LO AGRADEZCO DE CORAZÓN, PORQUE EN VERDAD ESO ES JUSTO LO QUE INTENTABA ATRAPAR EN MI PEQUEÑA RED: EL ESPÍRITU DE LA ÉPOCA¹.

Joseph Conrad

En una visión clásica de la escritura de la historia, al estilo militar², proclive a trazar marcas de signo bélico sobre el lienzo del tiempo, las épocas son turnos, ciclos, etapas... cuyo criterio de organización –no solo *militar*– se pierde en los peculiares inte-

¹ De la nota del autor, Joseph Conrad, al volumen *A Set of Six (Una serie de seis)*, escrita en 1920 como prefacio al volumen de narraciones originalmente publicado en 1908. Conrad, J.: *El duelo* (1908), Madrid, Alianza Editorial, 2008, pág. 9.

² La idea de la militanzación de la historia se la escuché a Antonio Valdecantos, en una conferencia: *La construcción militar del tiempo*, pronunciada en el III Seminario de Mundo Contemporáneo, celebrado los días 10 y 11 de diciembre de 2009, en la Facultad de Humanidades de la Universidad Carlos III de Madrid.

reses de quien les da nombre. La concepción militarizada de la historia anunciaría la imposibilidad de su carácter individual, siendo así que unos cuerpos de tropa serían reemplazados por otros, unos soldados por los siguientes, los políticos por otros de su misma profesión, o las granjeras por sus hijas y nietas, más jóvenes pero igualmente entregadas a su cotidiana labor. Así... “En la vida todo es reemplazado. Nosotros somos el reemplazo de nuestros padres, igual que ellos fueron el reemplazo de la generación anterior”³. En el caso de los genios, y pese su condición *irreemplazable*, la teoría de una historia militarizada implicaría la subrogación de la genialidad pero no de la forma que adopte. Siempre habría arquitectos con especial talento, físicos visionarios o novelistas innovadoras. ¿Por qué no aceptar, pues, que en todas las épocas habría de producirse una nómina de artistas insignes? Serían los contextos *epocales* los indicados para conferir su forma peculiar a la obra.

LA ORGANIZACIÓN MILITAR DE LA HISTORIA

El tono de las épocas en el inconsciente colectivo ha sido, de manera intermitente, sereno y apocalíptico, quizá precisamente por el éxito de una composición dialéctica de la historia. Siendo esto así, las mediciones históricas se ejecutan con ruido de cañones y cortes de sable en el tejido común de las épocas. La llamada historia *universal* —forma de difícil consenso entre los historiadores de cualquier época— guarda una apariencia siempre parecida, muy a pesar de la irrupción de herramientas conceptuales nuevas. El poder y el control de los recursos naturales, las refriegas tribales por la conquista de fronteras o por las identidades nacionales llaman poderosamente la atención del público atento a la historia. Los hechos —gestas o conquistas, desventuras o pérdidas— dejan paso a otros tantos similares en épocas en las que el estado natural parecería la inacción. Desmilitarizados, los tiempos *ociosos* deberían ser imperceptibles, por lo que la historia refulgiría

³ Doctorow, E. L.: *Homer y Langley* (2009), Barcelona, Roca Editorial de Libros, 2010, págs. 18-19.

en forma de guerra larga y tediosa, donde la paz emergiera en forma de tregua obligada para el avituallamiento de la tropa.

Así, en la insensata tradición occidental de la historia, esta sería más que otra cosa ruido y desastre, directriz burlada por ingratos momentos de pacifismo debilitante, el cual constituiría un proceder anómalo, mero telón de fondo para los hitos. La ausencia de orden —aparentemente típica de la guerra— sería propia, sin embargo, de los estados de paz: singladuras sin mando ni destino, carentes de objeto y límite, de horizontes y recompensa. En la guerra, la paz es el deseo; aunque en la paz desde luego no debiera serlo la guerra. Lo que identifica la paz —la ausencia de conflicto— solo puede desearse en la medida en la que se tema perderlo.

Pero es harto sabido que la historia se hace de ambas cosas: tiempo de guerra y ambición de paz. En esta última se vive en casa, reposando; en aquella en la milicia, combatiendo. Sin embargo la historia, o si se prefiere la civilización, en cuanto esta remite a la acumulación o edificación de índole material, que no cultural (esto es, la espiritual), parece insistir en no disociarse de la guerra, tal vez porque se crea haber demostrado que los embates violentos azuzan preferentemente el ingenio. En efecto, como laboratorio de experimentación, la guerra no ha tenido contrincante a su altura. En la guerra todo se ofrece a la investigación, y la tecnología deja de tener en cuenta el conjunto de fuerzas imprevisibles que desata. La guerra —en lo más bajo de la condición humana— se interpretará como una forma de progreso. Y, sin embargo, se sabe que en realidad no hay crecimiento ni avance, puesto que en el horizonte sigue atisbándose la guerra. La paz se interpretará como circunstancia excepcional. Las flechas que supuestamente orientan la dirección de la historia no son vectores, sino frentes estancos cuya participación en el movimiento perpetuo (e incluso acelerado en tiempo presente) carece del valor de la singularidad al no desenvolverse en relación comparada.

El seguidismo de la historia militarizada conduce por fuerza a una actitud de recelo ante la parte de acción que esperamos nos corresponde en ella y, por consiguiente, al abatimiento. Ambos

sentimientos son incompatibles con el espíritu contemporáneo y la experiencia vital que dicha época prometía a sus habitantes. La historia epocal puede salvarnos de la frustración inherente a la historia militarizada.

LA TRAMA Y EL SIGNO DE LAS ÉPOCAS

Al pensar la historia en términos de época, se traba relación con un conjunto de elementos y recursos más benévolos para con las modestas aportaciones de cada cual. La trama de la época permite pensar que el individuo forma parte de un todo, un nudo ínfimo en un gran tapiz, sin el cual el tejido se descompone. Sabiéndose el sujeto piedra en un flujo denso que viaja sin un destino reconocible, toma conciencia al menos de la visibilidad que ofrece a la corriente de la historia. Las empresas que dan cabida a la acción de las personas o que ellas impulsan son lo bastante importantes para que la incertidumbre inherente a la historia justifique el marco en el que se ciñe. De modo que, al producir cosas o al hacer que germinen las ideas, se obtiene la impresión de haber derrotado al pasado continuo e inmóvil por obra del esfuerzo y la acción. La impresión general es la de estar marcando el tono de una época, la propia.

¿Cómo se crea la magia? La sustancia del pasado, los aciertos (o desaciertos) que tuvieron quienes nos precedieron en el uso de la historia, a partir de los de quienes les precedieron a su vez, son objeto de reciclaje a la luz de los intereses del presente. En este proceso ilusionante, conviene enmascarar la certeza de que toda expectativa es solo un desafío fugaz en permanente trance hacia el pasado. El *continuo* queda expuesto y organizado en la narración por obra de la categoría a la que se denomina “época”, y que funciona como un aglutinante de elementos dispersos y pasajeros de muy dudoso relieve en realidad.

La época es fundamental para que la memoria inmediata no tenga la impresión de hallarse en un puesto fijo dentro de una cadena de montaje, allí donde la repetición de la tarea pudiera ser infinita. A modo de grutas de gran resonancia, las épocas, con sus particulares

signos epocales (modas, usos y costumbres, pero también tendencias demográficas o catástrofes sobrevenidas), son invenciones útiles que guían a las personas por entre los estratos interpenetrados de la acción común. Además, los individuos que –colectivamente– sostienen la historia conciben su existencia sometida también a la tiranía de las *épocas* (encabalgadas sobre las edades) a las que remitirá su relato vital (“Fue mi época de marino mercante”) para trabar en él los ritmos del discurso común (“Mi época de marino mercante fue poco después de la época de la inflación”).

Todo candidato a reconocerse en la historia ve en sí las épocas que le preceden y pretende que sus acciones, en el presente, sean la razón por la que se le invita a la escena de una nueva época. Por lo general de trazo corto –*fases*– aunque también de largo recorrido –*eras*–, la historia regala la impresión de que no solo se habita épocas menores (como temporadas de recreo en la campiña) sino también *grandes épocas*, bajo los signos reconfortantes de la gloria. Se indican las épocas con sus fechas de inicio y de cierre, al igual que se opera con las estaciones del año y aunque el calendario raramente coincida con la esencia del cambio estacional. Se otorga a las épocas un turno de tiempo para leerlas en la progresión cronológica a la que nos acostumbró la historia militarizada. Lo que más se parece a una época en el plano material es el tramo de un río, con su lecho limpio o turbio, empedrado o arenoso, los márgenes quizá entreverados de vegetación y atentos a la recepción –como dádivas– de otros cauces menores que puede que aneguen el torrente principal mostrándolo revuelto, o que quizá lo alimenten regalándole la sustancia que le hacía falta. Así se comportan las épocas en la historia: siendo heterogéneas entre sí y, en consecuencia, difícilmente explicables con patrones comunes.

Sean tramos de río o no, las épocas aquilatan el tiempo permitiendo su visión. En la ficción de la *flecha del tiempo*, las épocas se dan paso unas a otras, quedándose atrás, desfasadas o muertas, de acuerdo con su particular cualidad: la de la sustancia que las revaloriza en el futuro continuo. Ciertas épocas se muestran insignes, cargadas de

señales; otras en cambio, anodinas, abatidas e incluso merecedoras de olvido. Las que son sencillamente ominosas debieran ser la imagen en el espejo del pasado de la peor parte de las sociedades o de las acciones de los líderes que estas legitiman, una imagen que en el modelo de la historia militarizada es recurrente pero de la que el modo epocal de la historia podría quizá zafarse.

Sea como fuere, las épocas se eclipsan entre sí, se contraen o se expanden, se superponen... o se anulan, al estilo de los ejércitos en tiempo de acometida, combate y retirada. Las épocas conquistan el tiempo ofreciendo la impresión de que han estado siempre enhiestas, y de que su envergadura impide la visibilidad de cualquier otra época. Igualmente, se repliegan rápido y con gesto pusilánime, cansadas enseguida de su propia novedad y ante la perspectiva de avance de otras más vigorosas en las que gentes de fresco tomarán la iniciativa. Las épocas son cerradas e irreversibles y, siendo predecibles, no son, en cambio, mudables. Tienen ciertamente la cualidad de contribuir a edificar la que les sigue, dotándose de los materiales adecuados a tal fin. El fulgor de una época puede darse en el presente o bien en la perspectiva del pasado. En este último caso, algunas brillan más en la memoria y en el relato que en la conciencia de quienes las vivieron. Como solo son visibles a la luz de las empresas que les dan rostro, las acciones renovadas con respecto a las exigencias del tiempo son precisamente las que *hacen época*. En la otra cara de la moneda, la época no puede existir sin su obsolescencia programada, pues se deteriora en el momento en que echa a andar y termina quebrándose. Cuanto más espectacular se muestre una época en el acto de su presentación, menos tiempo estará en el escenario, ya que es un rasgo inequívoco de las épocas el que el exceso del desafío acabe por agotarlas.

En la corriente subterránea que es el cauce de las mentalidades colectivas, las épocas —espaciosas y densas— están muy bien vistas, sirviendo como sirven para dar forma legible a los modos conjuntos de hacer en el tiempo. El historiador habrá de ser un observador hábil para organizar con soltura este tipo de época. Pese a todo, cada

quien tenderá a asignar la denominación de *época* a la propia, pretendiendo que al rotular su experiencia bajo el signo de una época se le confiere el rango merecido. Al hablar de *esta época nuestra*, se dibujan los márgenes para la acción y se refuerza la hipótesis de que cada individuo tiene a su alcance la posibilidad de parar la maquinaria de la historia a fin de, hurgando en el interior del reloj, orientar el funcionamiento del mecanismo que este guarda.

LA NATURALEZA DEL LAPSO HISTÓRICO

¿De qué materiales están hechas las épocas? ¿Se elaboran todas ellas con los mismos cachivaches? Cada época es singular e irreplicable, pues tal es la esencia de este instrumento histórico. Pero en la idea del presente continuo, que rebaja la caracterización de las identidades *epocales*, quizá la forma adecuada de responder a la cuestión —imaginando posible hacerse una idea clara de la época en curso— sea indagar a propósito de sus distintivos. ¿Cuál es en este sentido el espíritu de nuestra época? La respuesta podría enfocarse de muchas maneras diferentes y, de hecho, en nuestro tiempo han proliferado los llamados *gurús*, ya se trate de expertos en el cambio de siglo, en la sociedad tecnológica, en la globalización de los fenómenos históricos, o en la de la cultura. Los vaticinios —en ocasiones autocumplidos— han acompañado las tesis de los más afamados y, en una época que se enorgullece de su cosmopolitismo, se ha popularizado la *Filosofía al alcance de todos*, que proporciona al público herramientas conceptuales para una comprensibilidad plenamente accesible.

La cuestión es que, al preguntarnos sobre el espíritu que caracteriza una época determinada, le otorgamos ya una cierta cualidad insigne de la que tal vez nunca tuvo intención de disfrutar, pues la misma idea del *espíritu* alude a cierta condición en la que se diesen por descontadas las amplias fuentes del talento y del ímpetu en las actuaciones humanas. Para expresar que una etapa de la historia nos resulta anodina en sus rasgos diremos que se trata de una *época sin espíritu*, de igual modo que los

tiempos cargados de expresión social o artística meritorias serán enjuiciados como *épocas con espíritu*. El espíritu parece ser en sí mismo un ingrediente con alto valor benéfico, que no requiere, por tanto, ninguna adjetivación. Igualmente, el espíritu bien podría ser a la época lo que el carácter a las personas. *La debilidad de espíritu* ha sido largamente documentada en la cultura occidental para aludir al carácter de personajes destacados en quienes no se reconoce el impulso vivaz no obstante su posición de liderazgo.

Los ejercicios teóricos de esta naturaleza, en torno a las épocas o a su espíritu, tienen en la historia un papel claramente subsidiario, que sin embargo no por ello deberíamos juzgar con menor benevolencia que cualquier otro vicio cultural según épocas muy afamados, como el de la caligrafía hace un siglo o la resolución de juegos nemotécnicos en la actualidad. Pese al escaso interés general por el ejercicio teórico, sirva este al menos para recalcar que en la historia las épocas son tramas poderosas cuya utilidad propagandística deja en un plano muy secundario las trazas parciales de la narración, referidas a las estructuras y sus elementos. Sin las épocas, las estructuras y sus elementos naufragar en aguas pantanosas. Las primeras se alteran y los segundos acaban siendo sustituidos porque la época así lo requiere; o bien sucede que, fruto de dichas alteraciones y sustituciones, afrontamos épocas nuevas. Ya sea que leamos el vector en un sentido o en su contrario, las épocas nos sitúan en los cambios.

EN LA CONFLUENCIA DE ÉPOCAS

Los eventos grandilocuentes suelen vertebrar las épocas, pretendiendo ser fuente de sus rasgos de carácter. Pero en torno a ellos —o justo en su mitad— las cuitas particulares anegan la mirada de las personas aparentemente ajenas a los intereses de la época. Por ejemplo, surgen enfrentamientos entre vecinos por una linde precisamente en el centro de las reformas administrativas

del territorio. O bien se desencadena el duelo a pistola de dos oficiales por el honor ofendido de uno de ellos justo precisamente en el epicentro de una guerra larga y sangrienta. En los muy fiables términos de Joseph Conrad, este tipo de eventos pone de manifiesto la sinrazón no ya de las penurias de los personajes, sino de las enormes construcciones temporales a las que nos gusta llamar épocas “(...) una historia de duelo”, recuerda Conrad, “que llegó a ser legendaria dentro del ejército, atraviesa la épica de las guerras imperiales”⁴. Y esta es la historia que en realidad importa y no otra, no como metáfora de lo general, sino en su particularidad.

Para quien no haya tenido aún el deleite de conocer *El Duelo*, diremos que el texto cuenta la historia de dos oficiales del ejército del Emperador francés que mantuvieron una interminable contienda privada durante los largos años que Napoleón I sostuvo su peculiar duelo contra la Europa que se resistía a ser conquistada (y también reformada). Mientras la carnicería universal tenía ocupada a la historia, los dos aguerridos oficiales del Emperador redoblaban esfuerzos en una pugna que resultaba a la vez idiota y, tras el primer embate, totalmente *fuera de época*. Primero, hombro con hombro y al frente de la tropa en el campo de batalla, luego, uno contra el otro en los amaneceres brumosos de los pueblos conquistados, los due-listas dirimen su enojo por las armas. Siendo un tránsito de épocas, el espíritu de una –la pasada– arrastra machaconamente hasta la siguiente la enseña del honor militar y, con ella, la de la ofuscación consistente en no querer ver en el cambio de época la devaluación de aquella reputación vaciada de sentido y pasada de moda.

Los procesos contemporáneos protagonizados por las revoluciones, con sus consabidas alteraciones políticas y sociales, mantenían la historia en tensión y el espíritu alerta, en concomitancia con ese duelo extendido que a lo largo de décadas sostuvieron los grupos

⁴ Conrad, J.: *El duelo*, op. cit., pág. 13.

emergentes y las viejas oligarquías. También las mujeres —y no pocas— con sus padres y autoridades para recibir una instrucción y ser beneficiarias de un empleo. A propósito de lo cual Conrad, en boca del persistente teniente Feraud⁵, sostenía que en el fondo las mujeres de aquel tiempo eran más prácticas que idealistas, de ahí que se ocupasen antes de sus cuitas particulares que de las universales. Esto lo decía el bravo teniente, que seguía defendiendo su honor y el del Emperador destronado, sin caer en la cuenta de que eran precisamente las eternas cuitas particulares de estas mujeres, como las suyas, las que —no haciendo época— adquirirían un cierto rango de universalidad.

Esta resistencia a pasar de moda ha sido habitual en los tiempos contemporáneos. Aldeanos y ciudadanos de las urbes a comienzos del siglo XIX, trabajadores todos ellos con aire entre ingenuo y crispado, rompían la maquinaria que caía en sus manos, celosos como estaban del espíritu de la eficiencia y la velocidad en forma de artillugio que el patrón les ordenaba manejar. Los industriales y los párrocos les amonestaban por ello: “Eso de romper las máquinas no debe hacerse: las cosas han de seguir adelante [...] el comercio, la industria, los negocios, el intercambio de materias primas [...] todo eso [...] ha de seguir adelante desde Adam Smith.”⁶ El espíritu de la época se exhibía, pues, en el ideario de Adam Smith. La mundialización de los negocios era una perspectiva muy halagüeña que los más avezados no querían dejar pasar por causa de rifirrafes domésticos o de herencias supersticiosas.

Pero los vecinos, encolerizados con las máquinas que se arrogaban la fuerza de sus brazos, irritados con los capataces, con el agrimensor o sencillamente enojados entre sí, persistían en sus ataques a la modernidad y mantenían las rencillas por más que la economía y la conquista de territorios exigiera un estado de paz interior. Los ejércitos nacionales los arrancaban de sus villas para arrastrarlos al exterior, y los niños les copiaban, jugando por toda Europa entre las ruinas de los conventos

⁵ Personaje de Conrad, J.: *op. cit.*, pág. 20.

⁶ Eliot, G.: *Middlemarch (Middlemarch, a Study of Provincial Life, 1871-71)*, Madrid, Cátedra, 1993, pág. 604.

desbaratados por las guerras, tirándose a la cabeza mutuamente piedras que les dejaban huellas indelebles en forma de cicatrices bajo la mata del pelo. Mientras sus padres vivieron su época resistiéndose al espíritu de la nueva, la de estos niños iba a ser distinta, pues ellos incorporarían la máquina a su cuerpo haciéndola extensión del mismo. El espíritu de su época miraba hacia los parlamentos y las compañías comerciales marítimas con la misma persistencia hosca con que el espíritu de la época de sus padres se empeñaba en destruir los objetos mecanizados.

LA EXPERIENCIA COMO HISTORIA

En las memorias de infancia de aquellos niños —como en las de tantos de otras épocas—, sometidos a las revueltas, las guerras y hasta las revoluciones, el recuerdo de los juegos de hazañas bélicas tuvo tanta presencia o más que el ruido de los sables. Así como sucede con la época vital en su relación con la época histórica, el discurso de la memoria particular referida a la época narrada ha servido casi siempre para dotar de humildad a las formas épicas de la experiencia común. Porque

“con cualquier novela se podría escribir una novela paralela, basada en documentos y en testimonios reales, que contara la historia de su composición, los lugares y las circunstancias que la inspiraron, el propósito —descabellado o no— que el autor pretendió alcanzar, y las ideas que le quitaban el sueño mientras la escribía (...) Y esa otra novela no podría olvidar el relato de las vidas de los personajes reales que sirvieron de modelo, siquiera fuese de forma muy parcial, a los personajes que acabaron apareciendo en la novela”⁷.

El principal problema que suscita el espíritu de las épocas contemporáneas es que fue siempre de un carácter endemoniadamente atractivo, alimentado desde sus inicios en todas ellas y pese al transcurso del tiempo por una petulancia que debe reservarse a la juventud. La frescura y la originalidad de las épocas en cuestión ha radicado pre-

⁷ Steinbeck, J.: *Los vagabundos de la cosecha* (Reportajes aparecidos en *The San Francisco News* en 1936), Barcelona, Libros del Asteroide, 2007, prólogo, pág. IX.

cisamente en la autoconciencia de una renovación permanente: de la revolución dentro de la revolución; también en la tensión —*crisis*— que media entre *revolución* y *reforma*: expresada en la anarquía que sigue al golpe radical carente de un plan de asiento, y a la natural disposición conservadora del orden que, para mantenerse, echa mano de las acciones correctoras que contengan la rebelión. “La una (la anarquía) era el mundo desmoronándose; la otra (en referencia a las reformas como cambio evolutivo) era sólo el inevitable paso del tiempo, que era lo que se dejaba sentir por entonces (...), el devenir de los segundos y los minutos de la vida para manifestar una apariencia siempre nueva”⁸.

Épocas dentro de una larga época, en la que quienes se han visto a sí mismos como *modernos*, dejaban al minuto de serlo, desbancados por otros más modernos. En qué momento deje una época de ser moderna para convertirse en hálito del pasado es una cuestión central de la historia. En la contemporaneidad, la huella del derrumbe de las Luces sobre su propio suelo estuvo ahí siempre, desde un principio. Esta huella, alargada y sinuosa —talón clavado en la arena— fue visible desde el momento en que se alzó el edificio de la Ilustración. La medida del largo y la forma de la marca hubo de compaginar dos criterios opuestos: el uno, fundamentado en la idea de la ordenación del mundo para un funcionamiento eficaz, el otro, zigzagueante e indeciso, identificado con el azote al canon imperante en cada época. Así pues, el espíritu común a las épocas contemporáneas bien puede entenderse como una gran trifulca entre ambos modos de marcar el suelo, los del paseante metódico pero de personalidad esquizofrénica: a ratos firme y ortodoxo con los modos de dejar su huella, a ratos tibio y juguetón en la pisada.



MONTSERRAT HUGUET ES PROFESORA TITULAR DE HISTORIA CONTEMPORÁNEA DE LA UNIVERSIDAD CARLOS III DE MADRID.

⁸ Doctorov, E. L.: *Homer y Langley*, op. cit., pág. 30.